

se á los hijos del Sol, que enseñaban la verdadera Fé, y seguro camino de la eternidad. Fueron tan concluyentes estas palabras para el generoso pecho del gran *Calzontzin*, reynante en aquel entonces, que como si fueran de un oráculo infalible, pasó á México, ya no en calidad de auxiliante y poderoso, sino de necesitado y rendido: presenciándose con el Venerable Padre Fr. Martin de Valencia, y consiguiendo de la ardiente caridad de este Apostólico Varon la anuencia de tres Religiosos (otros quieren que fueran seis) volvió para su Corte enarbolando los tafetanes de la Fé, quien de ella había salido arrastrando las Vanderas de la Idolatría: pero no fue mucho, que entró Christiano el que salió Gentil; entró Católico el que salió Idolatra; y en fin, entró con el humilde nombre de Francisco, el que salió con la soberbia y temida voz de *Calzontzin*. En este Católico Moparca, cuya inhumana, infeliz, y lastimosa muerte, mandada executar por el Presidente Nuño de Guzman, ha dado y dará siempre motivo para la compasion, la lástima, y la ternura, feneció el abundante, poderoso, y opulento Reyno de los Michoacaneses, dexándole abiertas tantas bocas á su grandeza, quantos son los inagotables tesoros que engendran sus Minas para socorrer los Pueblos, abastecer

cer los Erarios, y enriquecer por medio de los comercios aun las mas remotas Provincias del Orbe.

TARDE SEPTIMA.
DESCRIPCION DE LA GRANDEZA DE
las dos Cortes, Tetzcuco y México.

Español. **L**A ninguna simetría, trabazon, y material desorden que observamos en las Estancias y Aldeas que habitan los actuales Indios, y que han sido del cargo de su erección, con los pocos monumentos y vestigios que tocan nuestros ojos de la magestad y grandeza que de vuestras antiguas Poblaciones nos pintan las Historias, nos hacen desviar del asenso que se merecen, y creer que escribieron con la libertad de que jamás podrian llegar á ser sojuzgados de la razon, ó que corrieran sus plumas sin otra crítica que la pasion y antojo de los informantes. Y si no dime: los que leemos que la gran Ciudad de Tetzcuco, Corté Imperial de los Chichimecas (comenzando á gozar este título des-

de el Príncipe *Nopaltzin*) era tan populosa que pasaba de ciento quarenta mil Casas, abrigándose dentro de cada una quatro y cinco familias; que sus Calles estaban formadas en quadro corriendo de Oriente á Poniente, y de Norte á Sur; que los Palacios Reales eran tan magníficos, que á mas de los muchos aposentos, retretes, corredores, y otras piezas de maravillosa Arquitectura, se entretexian de piedras diestramente labradas; que se elevaban vistosamente sobre estas las tres Salas de recibimiento, para el Rey de México y el de Tlacupa, y en la que el propio Tetzucucano juntaba Consejo, con longitud cada una de mas de doscientos pasos; que trepaban sobre estas Salas otras Oficinas y Miradores que servian de pasadizos á los Reyes para la quietud, el recreo, y la diversion; que tenian patios interiores con piedras de desigual grandeza agugeradas por muchas partes, y con tan rara invencion, que cada abertura era una agua manil, con el destino de que llegasen los paxaros y aves á beber, para que en resulta lograran los Príncipes la cosecha de la caza, que con cerbatana exercian muy á menudo; que tenian estanques, fuentes, jardines, y bosques de recreacion, tan amenos y divertidos, que en nada envidiaban á los mas célebres de la Italia; que de las inimitables fábricas de

los Templos costeados por los subidos propios, y emolumentos con que muchos Pueblos les contribuian, como si fueran pensiones y debitos Reales.

Los que leemos que la magestad, opulencia, y hermosura de la insigne Corte de México, llamada así por su Dios *Mexitli*, ó *Tenuchtitlan* por la piedra y la tuna, se componia de mas de ciento veinte mil casas con buques competentes cada una para ocho y diez vecinos, que eran los mismos que los habitaban; que todas eran de adoves ó ladrillos españoles, á distincion de las de los nobles y caballeros, que eran de cal y canto, con altos y entrésuelos de especial desahogo y comodidad; que las Calles unas eran de agua y otras de arena muy menuda, comerciando por estas los de tierra, y por aquellas en canoas, barcos, y chalupas, los rivales de la Laguna, admirándose á un tiempo y dentro de una misma Ciudad, los dos tratos de mar y tierra; que solo tenia tres Puertas donde remataban las tres Calzadas hechas á mano, y de un costo imponderable, viniendo la una de la parte del Norte, la otra del Poniente, y la otra del medio dia; que sus Plazas muy anchas en quadro y esparcidas, en cuyo ámbito estaban los Palacios Reales, y Templos de sus Dioses, cuyas construcciones eran de un raro artificio de jaspes, mármoles,

moles, laberintos, évanos, cedros, y otras maderas incorruptibles; que el Palacio Real tenía veinte Puertas que salían á las Plazas y las Calles, tres anchurosos Patios, y en medio del uno la gran Pila donde se recibía la sabrosa y saludable agua, que por atarjea de cal y canto conducían desde Chapultepec; que á mas de los quartos y aposentos, tenía cien Salas en quadro de veinte y cinco piez cada una, y en cada una un Baño; que en una Sala separada de ciento y cincuenta pies de longitud, y cincuenta de ancho, tenían los Monarcas el Oratorio, cuyas colgaduras eran planchas de oro y plata, salpicadas á trechos de esmeraldas, rubies, topacios, y otras piedras preciosas; que las paredes de estos suntuosos edificios eran de cal y canto, enlazadas segun las reglas del arte, de : z baches, espejillos, mármoles, pórfidos, jaspes, y otras piedras blancas y trasparentes, que hacían un maridaje galan, magestuoso, y apacible á la vista, siendo el entalle y labor de las maderas, correspondiente á la demás grandeza; que tenía variedad de oficinas para todo género de animales, muchos estanques entre los jardines para criaderos de pezes, y sustento de aves aquatiles, y un sinnúmero de jaulas donde se recogían quantas especies de aves y páxaros se crían en esta gran parte del Mundo,

do, ocupando trescientos hombres en el cuidado y limpieza de tan parlante y sonora república; que todo el circuito de la Ciudad estaba poblado de alamedas, fresnos, sauces, sabinos, cipreses, y otros copados y verdes árboles. Dime pues, vuelvo á preguntarte, ¿los que leemos en los libros estas y mayores grandezas, pompa, poder, magestad, arte, disposicion, y hermosura, poco imitada de los mas diestros Artífices del Mundo, y registramos ahora el desaliño, desorden, y rusticidad de los que viven, qué juicio podremos formar? O qué vosotros no sois descendientes de aquellos, ó que es necesario forzar la razon para que dé asenso á sus escritos, como si fueran artículos de Fé, creyendo en este caso lo contrario de lo que tratan ó miran nuestros ojos.

Indio. Aunque es recio el aguacero, no es tanto el desamparo que no haya xacal en que aloxarme: Señor mio, quando no estuviera en la inteligencia, de que todas las cosas que están escritas, se escribieron para nuestra utilidad, bastariame conocer, que con estas y otras frívolas razones, que ni aun besan el zoclo de la congruencia, pretenden los Señores de razon obscurecer las glorias de mis Antiguos, echando á rodar el crédito de las tradiciones, y gravedad de los Autores,

que bebieron sus noticias en las cristalinas fuentes de los Varones Santos, que desnudos del vil ropaje de la codicia, y revestidos de un espíritu de virtud, santidad, y edificación, no fue otro su instituto y altísimo ministerio, que el de sembrar el grano de la palabra divina, y coger en esta inculcata tierra los opimos frutos del Evangelio y de la verdad, siendo estos unos fidelísimos testigos de lo mismo que aseguraron, vieron, y escribieron; pero supuesto que estamos en un siglo que solo no se duda de lo que está escrito en las Divinas Escrituras, entre la razón persuadiendo, lo que hasta ahora no ha podido la tradición y la autoridad.

El primer motivo de dudar, ó por mejor decir, de no creer la grandeza de nuestra Antigüedad, es por no encontrarse en el día monumento, huella ó vestigio alguno declaratorio ó demostrativo de ella. Permitido, y no concedido que así sea, yo tengo entendido, y creo firmemente, que todo lo que se representa en este Mundo, no es mas que una engañosa vanidad, que queriendo hacer alarde de sus mentidas pompas, lo puebla de estragos y de escarmientos, tan tenaz en sus porfías, que ni los mentidos polvos de otras desmoronadas paredes, ni la breve corrupción de las materias y acelerado curso á sus ruinas, la pueden persuadir á que

que no levante Edificios, labre Casas, edifique Torres, y empeñe todas las fuerzas de una presunción altiva del fausto y de la magestad, tan á costa de la inconstancia y del peligro; pero como en vano trabajan los que edifican sobre los débiles cimientos del barro y de la arena, suele suceder que hoy pisamos con nuestros pies destrozados terrones, los que ayer miraban nuestros ojos elevados Pirámides; y los que ayer fabricó el poder sobervios Palacios para habitación de Monarcas, hoy suele despreciar para sus moradas la humildad de unos Pastores.

Y si no, vamos hablando con las Historias en la mano, que estas sí no podrá Vm. ni ninguno de los que no son Indios, negar, porque son de las de por allá. ¿No fue Cartago la mas célebre Ciudad de los Africanos? ¿No fue Tiro la mas insigne de los Fenicios; de los Germanos Argentina; Atenas ó Minerva de los Griegos; Tebas de los Egipcios; Vizancio de los Tracios; Babilonia de los Asirios, y de los Españoles Numancia? Pues dígame Vm. ahora, qué les ha quedado de sus pompas, de sus grandezas, y hermosuras? Quedóles el nombre de lo que fueron, conservando apenas los suelos de unas abatidas cabañas, para cruel tormento de su presunción y de su soberbia. Hubo Cartago, hubo

Ba-

Babilonia en el Mundo, y Vm. cree y creen todos que fueron famosas: pues donde están los vestigios? No los hay; porque hasta su memoria pereció con estruendo y con sonido. ¿Pues porque lo cree Vm.? Porque quien lo dice no es de Indias, y quien lo escribe no es Indiano. O! y *quantum est in rebus inane*.

Pasemos adelante: los Indios del día en el desorden de habitar, muestran ó lo que sus Antiguos fueron, ó que no son descendientes de aquellos. En el breve espacio de 600. varas, que la generosa piedad de los Soberanos nos consigna, aseguramos ochocientas ó mil familias, las comodidades de la vida, abriendo tierras, formando haciendas, heredades, patrimonios, y posesiones, para nosotros, para nuestros hijos, y descendientes; de manera, que en aquella corta parte de solar que á cada una nos cabe, respective á mil que somos, hacemos estancias para nuestros animales, huertos para las verduras, casas para el abrigo, y oratorios para el culto de Dios: en la fábrica de estos ponemos todo nuestro esmero, siendo los mas unas piezas desahogadas, como ya las ha visto Vm. unas de cal y canto, y otras de adoves, bien ripiadas, enjarradas, techadas con buenas maderas, y pintadas de varios colores, con su torrésilla y campana-

(1) descripción de una Comunal de Indios

panario, que los hace vistosos y decentes para depositar las Imágenes, hoy Reliquias de nuestro afecto y veneracion: el piso mas duro, y firme destinamos para nuestras Iglesias y habitacion, separando el mas suelto y pingue para nuestros sembrados y otros desahogos; de que resulta, que si la tierra útil para frutos de mi solar, cae á la frente de la tierra firme de mi vecino, en la de este se vén Casas, Capillas, ú Oratorios, y en la mia animales, árboles, plantas, &c. Nuestros Antiguos fabricaban con la proporcion de la libertad que tenían para estenderse; y nosotros fabricamos con la necesidad que gustosamente sufrimos para aloxarnos: aquellos obraron magnificamente, por la felicidad que poseian; y nosotros humildemente, por la estrechez, abatimiento, y pobreza que padecemos.

Digo que estas son las causas de que no obstante la versasion de tantos años con los Españoles y otras Naciones cultas, no observemos los Indios de este tiempo el orden, disposi:cion, y simetria en las erecciones de nuestros Pueblos, que guardaron los de la Antigüedad y usan Vms. ahora. El modo de vestir nuestros antepasados era de ricas telas de algodón, y en días festivos con especial texido de plumas, matizado segun la natura-

hallaron los Conquistadores que vinieron de la Europa á mis antepasados, y en aquella en que hoy mismo se hallan á los Bárbaros ó Mecos.

Estos Indios bravos (que así les llamamos) tuvieron su origen de aquellas familias que se pasaron de *Xolotl*, ó primeros Chichimecas, y eligiendo los Cerros y Montañas para sus habitaciones, jamás quisieron congregarse en Comunidades, prefiriendo la libertad á el trato, á el interez, comodidad, y racional conversacion; al modo que los Scitas y Arabes en la Asia, que no pudiendo la fuerza y el imperio civilizarlos y sujetarlos á una vida honesta, comun, y tratable, se quedaron en su fiereza y altanería, sin que de aquí se infiera que los Asiaticos son bárbaros, insociables, y feroces. Lo cierto es, que este modo de inferir no se admite en ninguna Filosofia; como si dixeramos, los Indios que existen en el dia adoran un solo Dios, los Antiguos adoraban en muchos: luego los Indios de ahora nó descenden de aquellos.

Español. Celebro te hayas introducido en una materia que con impaciencia esperaba tratásemos, corroborando por ella el carácter de barbaridad, y demás torpezas de tus Antiguos: Y si nó, hablemos con verdad; ¿qué sentirías tú, desaudandote de la pasión, de unos hombres, que solo preocupados de

una ciega ignorancia, podía faltarles el discernimiento ó natural instinto concedido á los brutos, para conocer que aquellos engaños y diabólicos errores, eran efecto de unas asquerosas apariencias y sucias fealdades? Cantó un páxaro, y por que juzgaron que articulaba el animalillo esta voz *tibui*, que quiere decir, allá vamos, desampararon sus tierras, corrieron presurosos para estas, levantaronle altares, consagraronle aras, y de páxaro se les volvió bruto feroz: gritó una rana, y porque jamás habian oído su grito continuado y enfadoso, le construyeron templos: miraron sobre lo alto de un Cerro á un mancebo, cubierta la cabeza de una tiña edionda, llena de materias y podres corrompidas, y lo adoraron Dios por la extraña fetidez que arrojaba. A estas y otras ridiculas visiones tributaban tus Mayores los inhumanos sacrificios, sirviendo los incienso, mas para templar los indispensables géstos del insufrible hedor y pestilencia que despedían, que de reverentes obsequios á sus Deidades. Si esta especie de fanatismo merecía el grado de barbarie y estolidez, tu lo dirás.

Indio. Y como que lo diré: conózco que todas las criaturas racionales están necesitadas, por aquella noticia impresa ó lumbre natural con que están selladas, á distinguir y conocer que no puede ni

debe haber más que un solo, único, y verdadero Dios, y que este solo es el que remunera lo bueno y castiga lo malo; que este solo es el que dá vida, movimiento, y ser á las criaturas, y que sin él todo se volviera nada, pues es causa eficiente, universal de lo que se vé y no se vé; y conozco que el hombre que se desviare de este conocimiento, se asemejará á los brutos que no tienen entendimiento; pero ahora aquí para los dos, y como que nadie nos oye; advirtiendo que mis reflexas no quiero, ni es mi ánimo el que se rocen con aquellas adorables significaciones y misteriosos metáforas, con que repetidamente en las Escrituras se mira á nuestro Dios transformado en piedra, en agua, azeyte, sarmiento, flor, leon, cordero, &c. porque este es un modo de sensibilizar sus virtudes, para que la criatura, por las cosas materiales, venga en conocimiento de las espirituales é invisibles; ¿qué podremos sentir de los Caldeos que daban adoraciones de Dios á un Buey; los Siculos á un Gallo; los Hebreos á un Becerro; los Rodos á Cloatina Diosa de los estercoleros, letrinas, y otros lugares inmundos? ¿Qué podremos sentir de los que á solos sus vientres tributaban idólatras inciensos, y de los que á sí mismos se adoraban, porque no conocian otra deidad? ¿Qué podremos sentir de

los Romanos, á quienes les contó Bruxilo doscientos ochenta mil Dioses, siendo mas las Deidades que los Vecinos? ¿Qué podremos sentir de las sangrientas batallas que se dieron los Alanos y Armenios en el Monte Olimpo, queriendo cada uno que su Dios fuera el mas esforzado y valeroso; reduciendo el teatro sagrado de los votos y de los cultos, á terrible campo de odios, venganzas, insultos, muertes, y desafios? ¿Qué podremos sentir en fin, de que un Senado como el de Roma, que daba ley á la discrecion, á la política, á las virtudes, y al racionio, escribiera una carta á todas las Provincias de su Imperio para que concurrieran con todos sus Dioses extrangeros, como si fueran tratantes, á fin de unir las fuerzas con los propios, para deprimir el poder de los Getas, llorándose pobres y desamparados, porque desde el buen Constantino no les había quedado mas que un Dios, que le llamaban de los Christianos? ¿Qué podremos sentir de que los Egipcios adorasen á los perros, gatos, y toda especie de animales? Lo cierto es, Señor mio, que todo el pecado y barbaridad de mis Antiguos, consistió en que llamaran Dios á *Tetzcatlipuca*, y no á Jupiter; á *Huitzilopuelli* por Marte; á *Painal* por Belona; á *Tluloca* por Neptuno; por Ceres á *Tecuhtli*; por Sol á *Cen-*

tebutli; por Apólo á Tonatiub; á Xiubtecubtli por Vulcano; por Mercurio á Iyacatecubtli; por Baco á Tezcatzoncatli; á Tlacoltebul por Venus; y á Quilaztli por Verecinta Madre de todos los Dioses.

Español. Y en buena fé, volviendo á el hecho de los Romanos, te digo, que si no hubiera sido por el Dios de los Católicos, no hubiera perdido la vida en esa batalla Randagaismo con doscientos mil Godos, y los Romanos hubieran sido destruidos y aniquilados.

Indio. Ahora bien, luego con mas subido grado de barbarie debemos reputar á los Romanos que á los Indios, porque teniendo expresa noticia del verdadero Dios, mendigaban Idolos forasteros y falsos; pudiendo yo aquí aplicar esta coplilla, que ajusta como anillo al dedo.

Por más que á mi casa notas

De que en ella cuezen avas,

En la tuya y las agenas

Se cuezen á calderadas.

TAR-

TARDE OCTAVA.

ENTIERROS, SEPULCROS, CASAMIENTOS, y Coronaciones de los Antiguos Indios.

Indio. Muchos labran Sepulcros para enterarse, y muchos para eternizarse: éstos pretenden con sus cenizas dilatar su fama, y aquellos con el olvido asegurar el desengaño; unos anhelan á anticiparle al barro desaliñadas casas para su depósito, y otros aspiran á fundar sobre las vanidades del polvo Palacios á su sobervia. Han de ser los Sepulcros honestos, no costosos; porque en estos roba la presuncion el tiempo á la memoria de la mortalidad, y en aquellos afianza la humildad los continuos avisos del morir. Dos Sepulcros he visto que costea siempre la vanidad, uno en el Panteon, y otro en el Túmulo: es el uno melancólico eco del otro, porque con las desmayadas luces del uno, se miran las fétidas corrupciones del otro. Raros son los siglos en que la vanidad no ha construido Pirámides por Sepulturas; como si la magestad de las Urnas libertara á los Ca-

dave-